

P. Vega que sostienen, aunque con poca probabilidad, que Dios acumuló las gracias en María en un grado intensivamente infinito. Y no es extraño, porque ¿quién será capaz de conocer la perfección última de un alma que sale perfectísima de la boca del Señor, cuando el cuerpo humano en ocasiones parece que llega a tomar condiciones de espíritu, y quién será capaz de medir la intensidad del amor de Dios hacia su Madre, causa de la excelencia natural y sobrenatural de la Stma. Virgen, de cuya intensidad solo puede formarse el hombre idea analógica por la intensidad, ternura, efusión y complacencia con que los buenos hijos aman a la que les dió existencia con su propia sangre y vida con su propio aliento, y tiénese como cosa descontada que si en la potestad de cada hijo estuviera formarse su propia madre no faltara a ninguna las dotes más excelentes y las condiciones más extraordinarias?

Con razón, pues, dice S. Bernardo (Serm. de Nati. B. V. Mar.) que Dios «ha condensado en Ella todos los dones sobrenaturales que ha hecho y hará a sus santos» y S. Efren que «ha hecho de Ella un oceano sin límites, un mar sin fondo y sin riberas, un mar en el que han desembocado todos los ríos de la gracia», y S. Jerónimo ha ponderado la gracia de la Stma. Virgen de tal manera que su expresión llamándola «milagro no solo en el orden de la naturaleza, sino también en el orden de la gracia» parece un imposible, porque el milagro ha de estar sujeto a un orden superior aunque sea contra praeter, vel supra del orden conocido, y no hay orden superior al sobrenatural o de la gracia; pero la llama milagro porque los dones que recibió María fueron proporcionados a la Maternidad divina, la cual, como dice Sto. Tomás, es de cierta excelencia infinita.

Y no pudo ser de otra manera, porque constituidos Jesús y María primer principio de las gracias que recibirían todas las criaturas racionales, en ellos debería estar la gracia en toda su plenitud (en Cristo por derecho, en María por privilegio singular) puesto que de la abundancia de ellos correrían abundantes los auxilios del cielo a todos los que en el transcurso del tiempo hubieran de santificarse aunque